

Juan Manuel Pérez Piñero

Ecos del día del Señor

Muestra
Ciclo B o II



*Una reflexión breve sobre la Liturgia
de los domingos y de las solemnidades*

Liber
Factory

ECOS DEL DÍA DEL SEÑOR

Ciclo B • II

**Una reflexión breve sobre la Liturgia de los
domingos y de las solemnidades**

Liber
Factory

© Obra: Ecos del día del Señor - Ciclo B o II

Primera edición: Abril, 2021

© Autor: Juan Manuel Pérez Piñero

ISBN: 978-84-18624-43-8

Depósito Legal: M-9599-2021

PUEDA IMPRIMIRSE:

Víctor M. Álvarez Torres,
Vicario General.

La Laguna (Tenerife), 22 de abril de 2021.

Maquetación: Pablo Casado Fernández

Diseño de cubierta: Pablo Casado Fernández

Imagen de cubierta: *San Marcos. Tegueste. Tenerife.*
Daniela Martín Moscoso

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012-Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

PRESENTACIÓN

Tienes en tus manos ECOS DEL DÍA DEL SEÑOR. Es una reflexión breve que vengo haciendo sobre la Liturgia del domingo y de las solemnidades desde hace muchos años, para publicarlo en internet, concretamente en facebook, y suele gustar a los lectores que, a veces, me mandan sus respuestas y otras, ponen el consabido “me gusta”, pero la mayor parte de las veces, no ponen nada como hacemos todos tantas veces: leemos, sacamos nuestra propia impresión y nada más.

Los viernes, por la mañana, suelo enviarlos a muchas personas en directo, a través de su correo electrónico, además de colocarlos en facebook. En la actualidad los envío a más de doscientos amigos. Y el Periódico El Día de S/C de Tenerife, publica todos los sábados el comentario de MIS ECOS de cada domingo.

Hacer LOS ECOS me ocupa mucho tiempo, porque los trabajo mucho, tal vez demasiado algunas veces.

Es como si fueran LOS ECOS que la Palabra de Dios de cada domingo suscita en mí y, desde mi corazón sacerdotal, lo envío a los amigos de internet como lo mejor de mí mismo.

Luego los hago objeto de mi oración y me sirve también para la homilía del domingo, aunque el texto no es una homilía sino un sencillo comentario.

Recuerdo que, cuando comenzaba con esta publicación, el Papa Benedicto XVI nos aconsejaba a los sacerdotes que usáramos estos medios modernos para anunciar el Evangelio; y aquello era un reto para mí y me animaba a continuar, así como los mensajes y las impresiones de la gente que me animaba, porque esto de escribir me cuesta mucho, aunque después me digan que sale bien. Pero lo más que me anima es la ilusión de hacer algún bien a la gente.

Había personas que me decían que por qué no los publicaba en un libro; y eso es lo que estoy haciendo ahora en un tiempo, especialmente, libre que tengo.

En este libro recojo los escritos de todos los domingos y solemnidades del Ciclo B, en el que nos encontramos este año, siguiendo al evangelista San Marcos. Por eso hemos puesto su imagen en la portada del libro. Más adelante, si Dios quiere, publicaré el C, que es el del próximo año, y, por último el A, para seguir el ritmo de los respectivos calendarios litúrgicos.

Si alguna editorial piensa que merece la pena publicarlos, en un tiempo relativamente corto, tendré los tres ciclos a disposición de todos.

Me impresiona siempre estar tan cerca de la Palabra de Dios con todo lo que ella significa para un cristiano y, especialmente, como es mi caso, para un sacerdote; y tratar de escudriñar su mensaje para el mejor servicio de los hermanos y hermanas del mundo entero.

Cada vez admiro más la obra grandiosa del Concilio Vaticano II y, particularmente, la Reforma Litúrgica, y más concretamente, el trabajo tan maravilloso de los leccionarios de la Palabra de Dios. ¡Con qué maestría y acierto han sabido enriquecer la Liturgia de la Palabra, combinando unas lecturas con otras y haciendo relativamente fácil encontrar el mensaje de cada domingo o de cada día.

Hay algún hermano sacerdote que me escribe todos los viernes, desde muy lejos, y me dice que mi reflexión le sirve para su oración y para su predicación. ¡Bendito sea Dios que suscita estas respuestas a mi esfuerzo!

Espero que esta obra que presentamos, produzca el fruto que señala el Evangelio: el treinta, el sesenta o el ciento por uno. Pidámosle al Espíritu del Señor, que estoy seguro ha

guiado mi trabajo, que nos lo conceda a todos, comenzando por mí, por su misericordia.

Es algo hermoso en la Iglesia, desde el principio, el hecho de compartir. Eso pretendo hacer para el mayor y mejor fruto para todos/as.

¡Decía antes que considero que MIS ECOS constituyen lo mejor de mí mismo! ¡Pues eso, lo mejor de mí mismo, es lo que pongo hoy en tus manos! ¡Que más quisiera yo que no defraudarte!

Cordialmente, Juan Manuel.

DOMINGO I DE ADVIENTO

Este domingo se hace necesario un esfuerzo de adaptación a la vida litúrgica de la Iglesia, porque estos días, en medio del acontecer normal de nuestra existencia, se produce un hecho muy importante: termina un Año Litúrgico y comienza otro, que llamamos Ciclo B o II. Dejamos al evangelista S. Mateo, que nos ha acompañado en las celebraciones de este año, y acogemos con veneración y afecto, a San Marcos.

Un nuevo Año Litúrgico, es decir, un nuevo recorrido por las distintas celebraciones litúrgicas de la Iglesia, constituye un gran don que Dios nos hace. Y hemos de acogerlo con gratitud y con ilusión: con los mejores deseos de aprovecharlo al máximo.

Y comenzamos por el Tiempo de Adviento, por nuestra preparación para la Navidad; iporque esta fiesta hay que prepararla intensamente! ¡Una fiesta que no se prepara, o no se celebra o sale mal! ¡Y la Navidad es la segunda fiesta en importancia después de la Pascua! Para ello, se nos van ofreciendo cada día, los medios oportunos, para que lleguemos a las celebraciones que se acercan, bien preparados y bien dispuestos. En una de las oraciones de Adviento le decimos al Señor que la Navidad es celebrar “la alegría de un gran acontecimiento de salvación” y que nos conceda celebrarlo “con solemnidad y con júbilo desbordante”.

Comenzamos este Tiempo, recordando que siempre, de algún modo, estamos en Adviento, porque siempre estamos a la espera de la venida gloriosa del Señor, como hemos venido recordando y celebrando las tres últimas semanas del Tiempo Ordinario, y continuaremos haciéndolo las dos primeras semanas de Adviento, concretamente, hasta el día 17 de diciembre, en que comienzan “las ferias mayores de Adviento”, la preparación inmediata para la Navidad.

En el Evangelio de este domingo, Jesucristo nos advierte que tenemos que vivir siempre a la espera, porque no sabemos cuándo vendrá “el señor de la casa” que quiere encontrarnos en la tarea que nos ha señalado.

Jesús se vale de una comparación sencilla: un hombre se va de viaje y deja a cada uno de los criados su tarea, encargándole al portero que permaneciera en vela.

De igual modo, el día de la Ascensión Jesucristo se marchó visiblemente al cielo y volverá (Hch 1, 9-12). Y nos ha dejado la tarea de extender su reino por el mundo entero.

Hoy nos advierte que llegará inesperadamente, y puede que nos encuentre sin hacer nada, o, incluso, dormidos. Y es que los acontecimientos importantes e, incluso, muchos menos importantes de esta vida, tienen fecha: día y hora. Sin embargo, el acontecimiento más trascendental de todos, su segunda venida, no la tiene.

De este modo, todas las generaciones cristianas pueden tener la experiencia de estar a la espera de la venida del Señor. ¡La vuelta imprevista de Cristo puede ser mañana o puede ser dentro de miles de años. No lo sabemos! ¡Y hay tanta gente despistada, que no sabe nada de esto, ni le interesa! ¡Hay tanta gente dormida!

“¿Simón duermes?” dijo el Señor a Simón Pedro, en el Huerto de los Olivos, cuando los discípulos, en lugar de velar en oración, dormían (Mc 14, 37). Lo mismo lo podría decir hoy, y, de hecho, lo dice de tantos cristianos, que somos por naturaleza “discípulos misioneros” del reino de Dios, ¡y, a pesar de ello, andamos dormidos!

Al comenzar este Tiempo hacemos nuestra la súplica de aquellos israelitas, que acababan de llegar del destierro, como leemos en la primera lectura: “Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia”.

DOMINGO II DE ADVIENTO

Hay un villancico que dice: “¡El Niño Dios ha nacido en Belén! Aleluya. Aleluya. ¡Quiere nacer en nosotros también! Aleluya. Aleluya”.

Este es el objetivo de este Tiempo de Adviento y de la misma Navidad. El Concilio Vaticano II nos enseña que el Año Litúrgico realiza una obra maravillosa: los que no vivíamos cuando sucedían los distintos acontecimientos que ahora celebramos, podemos ponernos, de algún modo, en contacto con ellos, y llenarnos de la gracia de la salvación (S. C. 102). Es lo que se llama “el hoy de la Liturgia”.

Esta doctrina es muy importante. ¡Es un auténtico descubrimiento! A veces pensamos: “Si yo hubiera estado aquella noche en Belén...” “Y si hubiese sido uno de aquellos pastores...” ¡Pues eso, de algún modo, es posible! ¡Lo podemos conseguir ahora, dentro de unas semanas!

Y, porque tiene sus dificultades para conseguirlo, nos dedicamos unas cuatro semanas a intentarlo mientras decimos: “El Señor va a venir; “el Señor va a nacer”; “¡ven, Señor, no tardes...!”

Ya sabemos que, durante las primeras semanas de Adviento, nos preparamos para la Navidad, recordando y celebrando la esperanza de la vuelta gloriosa del Señor, de la que nos habla hoy San Pedro en la segunda lectura.

Y en este Tiempo surgen, en medio de nuestras celebraciones, unos personajes que nos ayudan en esta tarea: uno de ellos es el profeta Isaías, “el profeta de la esperanza”. Él anuncia la gran noticia de que el pueblo de Israel, desterrado en Babilonia, va a ser liberado, y que hace falta preparar los caminos, que podrían estar intransitables, para que el pueblo de Dios pueda llegar a su patria. Lo escuchamos en la primera lectura.

Este domingo centramos también nuestra mirada en otro personaje del Adviento: se trata de Juan el Bautista, que viene a preparar los caminos como anunciaba el profeta. Y ya sabemos que, entonces como ahora, no se trata de preparar unos caminos materiales, sino los caminos, tantas veces difíciles e interceptados, de nuestro interior, de nuestro corazón. De este modo, podremos alcanzar nuestro objetivo: el encuentro con el Señor, su nacimiento espiritual en nosotros, la renovación de nuestra vida y el don de “la alegría espiritual”, en medio de una sociedad triste, desencantada, en crisis, y, además, desgarrada y agobiada por tantas dificultades.

Marcos subraya que el Bautista predicaba también con su ejemplo de vida, íntegra y austera, en el cumplimiento estricto de su misión. ¡Qué importante es siempre el testimonio de vida!

¡Y cómo reacciona aquella gente a la voz del Bautista! Nos dice el Evangelio que “acudía a él toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén. Él los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados”.

Constatamos aquí como eso de confesar los pecados es algo muy antiguo. Para los cristianos es uno de los momentos –no el único– del sacramento de la Reconciliación. Este Tiempo intenso de preparación debería tener su punto culminante en la celebración de este sacramento, especialmente, unos días antes de la Navidad, para hacer posible y real la llegada del Señor a nosotros, su nacimiento en cada uno de nosotros.

La solemnidad de la Inmaculada que celebraremos próximamente nos recordará cómo preparó el Padre del cielo a la Virgen María para que fuera una digna morada de su Hijo, haciéndola, desde el momento de su concepción, limpia del pecado original y llena de gracia.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

¡Los regalos son hoy los protagonistas del día!

Los regalos son buenos en sí mismos; pero una preocupación excesiva o un poco descontrolada por ellos, puede amornar e, incluso, anular la celebración de esta solemnidad tan preciosa de la Epifanía del Señor. Es lo que sucede con mucha frecuencia.

Epifanía significa “manifestación”. Dios que da a conocer, a través de una estrella, el nacimiento de su Hijo a unos magos de oriente y, en ellos, a todos los pueblos de la tierra no pertenecientes a Israel, el pueblo elegido. Pero, en realidad, la solemnidad de la Epifanía encierra tres acontecimientos o manifestaciones del Señor: La manifestación a los magos de oriente, la manifestación a Israel, con ocasión de su Bautismo y la manifestación, especialmente a sus discípulos, en las Bodas de Caná.

En la práctica, la manifestación a los magos de oriente centra hoy nuestra atención. Esta festividad nos dice que Jesucristo ha venido para todos los hombres de todos los pueblos, judíos y gentiles. El regalo, centro de nuestra atención este día, nos puede ayudar a comprender el sentido de esta fiesta:

En la Natividad del Señor y en su octava, celebramos que Dios Padre nos ha hecho un gran “regalo”, el mejor regalo: nos ha dado a su Hijo. Por eso, la Iglesia entera salta de gozo la noche de Navidad, proclamando: “Hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

La Epifanía viene a subrayar, con vigor, que ese regalo es para todos. Es lo que dice el Apóstol S. Pablo en la segunda lectura: “que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo, y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio”.

Los judíos tenían la ley y los profetas. Por eso, cuando pregunta Herodes, sobresaltado, dónde tenía que nacer el Mesías, enseguida le dicen: “En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos, la última de las ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”.

¿Y los otros pueblos no pertenecientes a Israel? A ellos les manifiesta este acontecimiento adaptándose a su mentalidad: ellos creían que el nacimiento de los personajes importantes, venía acompañado de la aparición de un astro en el cielo. Por eso, aquellos magos, a través de una estrella, llegarán al conocimiento del “rey de los judíos”, del Mesías.

En esta fiesta contemplamos, por tanto, cómo Jesucristo ha venido para todos, pero que no todos, ni mucho menos, le conocen y disfrutan de sus dones; que no a todos les ha llegado el regalo, los tesoros de salvación de que nos habla S. Pablo (Ef 1, 7-9).

Y eso, según el mensaje de este día, no es justo, no está nada bien. No podemos acaparar el don de Dios para nosotros solos, en una especie de “egoísmo religioso”.

Por eso, hoy es el día misionero, por excelencia, de la Navidad. Para recordar a todos los que no conocen a Jesucristo, y a los que, habiéndole conocido, se han apartado o se han alejado de Él.

Recordamos y celebramos este día, que pertenecemos a una Iglesia que es misionera, por su misma naturaleza, y a la que el Vaticano II ha llamado “Luz de las Gentes”.

Hoy también es un día apropiado para dar gracias a Dios, porque “la estrella” del conocimiento de Dios, ha brillado también para cada uno de nosotros, y para pedirle que también nosotros, con nuestra palabra y nuestro testimonio de vida, seamos “estrella” que conduce a todos a la salva-

DOMINGO IV DE PASCUA

El Domingo del Buen Pastor nos ofrece la oportunidad de contemplar la Pascua desde esta perspectiva concreta: Jesús, dirigiéndose a los fariseos, les habla de su condición de Buen Pastor. De este modo, se identifica con el Dios del Antiguo Testamento, que se presenta, tantas veces, como Pastor del Pueblo de Israel.

Jesús se nos manifiesta como el Pastor Bueno, porque hay también pastores malos: en general, aquellos fariseos que le escuchan y toda la clase dirigente de Israel que se han sentado en la “Cátedra de Moisés” (Mt 23,2ss). Recordemos también la enseñanza del profeta Ezequiel sobre los malos pastores (Ez 34,1-25), y la de Jeremías, que nos anuncia pastores según el corazón de Dios (Jer 3,15).

Todos sabemos lo que hace un pastor: cuidar de su rebaño: guía a las ovejas, las cuida y las alimenta. Cura a la enferma, está pendiente de las más débiles, busca a la que se ha perdido... Podríamos decir que atiende a las ovejas, en su conjunto, y a cada una, en particular. Pero lo específico de Jesucristo, es llegar hasta “dar la vida” por el rebaño porque Jesús no es un asalariado a “quien no le importan las ovejas” como sucedía con los malos pastores.

“Yo soy el Buen Pastor –dice– que conozco a las mías y las mías me conocen... Yo doy mi vida por las ovejas”. Y éstas no son palabras huecas, hiperbólicas o imaginarias porque esto es lo que estamos celebrando en este Tiempo de Pascua. Por eso la Iglesia, exultante de gozo, proclama este día: “¡Ha resucitado el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey. Aleluya!” ¡Y de esta forma realizó la salvación!

La primera lectura nos presenta a San Pedro, lleno del Espíritu Santo, que dice ante el sanedrín: “Jesús es la piedra

que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; ningún otro puede salvar y, bajo el cielo, no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos”.

Y la salvación que Él nos ha obtenido y nos ofrece a todos, no sólo nos libera del pecado y nos reconcilia con Dios Padre, sino que llega hasta el punto de hacernos hijos de Dios, como escuchamos en la segunda lectura. San Juan, en efecto, lleno de asombro, escribe: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos”. ¡Y con todas sus consecuencias!

Todo esto nos llena de una inmensa alegría y nos mueve a la alabanza y a la acción de gracias a Jesucristo y a Dios Padre que nos lo envió.

Desde hace muchos años se celebra este domingo, la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: Jesús, en su ausencia visible, nos invita a todos a cooperar con Él en la hermosa tarea de ser el Buen Pastor de su pueblo; y elige, de una manera particular, a muchos hombres y mujeres para que dediquen toda su vida, todo su corazón, todo su tiempo..., a esta tarea apasionante. Son los sacerdotes, religiosos, misioneros, consagrados en medio del mundo. ¡Varones y mujeres! Y por eso se llaman “vocaciones de especial consagración al servicio de la Iglesia”.

Y, como es Dios el que llama, el que tiene la iniciativa, se dedica esta Jornada a la oración para que el dueño de la mies envíe abundantes obreros —ellos y ellas— a sus campos. A todos los miembros de la Iglesia se nos urge, por tanto, en esta Jornada, a orar y a trabajar para que haya muchas vocaciones; porque el Buen Pastor ha querido tener necesidad de nosotros también para hacer resonar su voz en el corazón de los que Él llama. Por eso la abundancia o escasez de vocaciones depende también de nuestra preocupación, de nuestra oración y de nuestro trabajo.

convierte en Él, el que nos transforma en Él. ¡Se trata de una unión muy grande!, inefable ¡Nuestro ser queda “penetrado” y “empapado” de Dios como una esponja llena de agua!

Y es ésta una corriente de vida divina, que procede del Padre: “El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí” (Jn 6, 57). ¡Tomamos parte de la misma vida de la Santísima Trinidad, es decir, de aquella vida por la que Dios existe desde siempre y para siempre!

Pero hay más. La comunión nos une también a los hermanos con los que formamos un solo cuerpo. Podemos recordar aquí las palabras del Papa San Pablo VI en la solemnidad de Corpus del año 1969, cuando decía: “¿Cómo llama el pueblo cristiano a la Eucaristía? comunión. Está bien, es verdad, ¿pero comunión con quién? Aquí el horizonte se abre, se ensancha, se alarga, hasta perder sus límites. Se trata de una doble comunión: con Cristo y entre nosotros, que en Él somos y nos hacemos hermanos”.

De ahí que no podamos acercarnos a comulgar si no estamos en paz y en comunión con todos los hermanos.

Dice también el Señor: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”.

Por tanto, también nuestro cuerpo, tantas veces morada de Dios e instrumento del quehacer cristiano, tiene que participar de la gloria de la resurrección.

¡Verdaderamente la Eucaristía es el pan de la vida! ¡En plenitud!

Y después de comulgar, leemos en uno de los rituales de la Eucaristía, “hay que demostrar con obras de caridad, piedad y apostolado lo que se ha recibido por la fe y el sacramento.” Con la Misa, por tanto, no termina todo. Al revés. La Eucaristía es alimento y tiene que producir sus frutos. El cristiano no pue-

de ser un parásito. Al que recibe el pan del cielo se le exige con razón “obras de caridad, piedad y apostolado”.

TODOS LOS SANTOS

¡Es esta una de las fiestas más hermosas del calendario cristiano!

A lo largo del año vamos celebrando la fiesta de muchos santos. Hoy celebramos, en una misma solemnidad, a todos los santos. Y se estremece nuestro corazón al considerar que familiares, amigos y conocidos nuestros, se encuentran entre esa multitud que nos presenta la primera lectura de hoy.

¡Hoy es el día del “santo desconocido!”. Por todo ello, es este un día inmensamente alegre y hermoso. Si por un santo hacemos fiesta, ¡cuánto más al recordar y celebrar a todos los santos!

Contemplamos en esta fiesta la gloria, la felicidad y la grandeza en la que termina la vida de los auténticos seguidores de Cristo. Por eso nos anima tanto y nos hace mucho bien celebrar esta gran solemnidad.

Parece como si hoy la santidad se nos hiciera más cercana, más asequible. No en vano es la que han practicado las personas más próximas a nosotros y a las que queremos más.

¿Y por qué son santos todos estos hermanos nuestros? ¿En qué consiste esa santidad?

El Vaticano II nos lo explica muy bien: “el bautismo y la fe los han hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por eso, realmente santos; y deben conservar y llevar a plenitud en su vida, la santidad que recibieron” (L. G. 40).

La santidad, por tanto, es ante todo y sobre todo, don, gracia de Dios; una consecuencia del bautismo, del que nos habla la segunda lectura de hoy. Nos hacemos hijos de Dios y, por lo mismo, “realmente santos”.

El Concilio nos enseña además, que esa santidad que recibimos, hay que conservarla y perfeccionarla, llevarla a plenitud. De esta forma, nos señala nuestra tarea fundamental, nuestro trabajo más importante en la vida, aquello por lo que hemos de tener más interés y mayor preocupación. Nos dice la segunda lectura: “Todo el que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo como Él es puro”.

Necesitamos recordar con frecuencia esta meta a la que estamos llamados, para que no caigamos en la tentación de “instalarnos” en la mediocridad, en la medianía y en la rutina. Me gusta decir que el Señor no quiere que seamos buenos, sino que seamos santos! Santa Teresa decía: “¡Qué importante en la vida espiritual es sentirse animado por un gran deseo!”.

¡Hoy es un día apropiado para recordar todas estas cosas!

El Evangelio nos presenta, más en concreto, el camino para alcanzar la santidad: la práctica de las bienaventuranzas.

Los santos son, por último, intercesores nuestros. Y es bueno que contemos con su ayuda en nuestro camino hacia la plenitud de la santidad. Así rezamos en la oración de la Misa hoy: “Concédenos, por esta multitud de intercesores, la deseada abundancia de tu misericordia”.